



CENTROAMERICA NUESTRA

- Crónica de un viaje.
- Llamamiento a la solidaridad.



Escribe: Mons. Pedro Casaldáliga

Por motivos eclesiásticos no pude ir a GUATEMALA ni a EL SALVADOR. Fui a CENTROAMERICA, de todos modos, para cumplir el compromiso que asumí con ocasión de la "Insurrección Evangélica" de NICARAGUA.

Y en Centroamérica pasé todo el mes de marzo, compartiendo la Cuaresma de aquellos Pueblos, colectivo siervo sufriente, profecía y convocación.

Fui, primero a la Guatemala del exilio, a los refugiados guatemaltecos que viven en los Estados mexicanos de Chiapas, Campeche y Quintana Roo, llegados a finales de 1981 y en 1982. Hasta 200.000 llegan a calcular algunos; pero sólo unos 100.000 estarían identificados.

GUATEMALA tiene 8 millones de habitantes; 2 millones en la capital, abarrotada. El 90% de la población guatemalteca está subalimentada.

La Conferencia episcopal de Guatemala ha calculado en 1 millón el número de los desplazados, dentro del propio país, "con cara" o "sin cara" —más o menos clandestinos en su propia casa—. Y el Ejército calcula en 950.000 el número de los patrulleros civiles, forzados por el mismo ejército al control y a la denuncia de sus propios hermanos campesinos.

La población de Guatemala se divide en "naturales" o indígenas y "ladinos". Los indígenas alcanzan el 65% de la población total. Todos ellos Pueblo Maya.

—Vdes. viven refugiados en su propia casa, les recordaba yo a los refugiados, pues maya es el territorio de los tres estados mejicanos por donde ahora ellos están diseminados.

Así lo atestiguan —mudas de impotente soledad— las ruinas de Palenque o de Edzna, anfiteatros perfectos en su arquitectura de piedra viva y en su impecable sonorización natural, plaza mayor, palacio, templo, centro administrativo, sepulcro, campo de pelota.

Mayas entre mayas, "hombres del maíz", los refugiados pertenecen a los grupos Canjibal, Chuj, Mam, Quekchi, Quiché. Los indígenas mejicanos de la región son de los grupos Tzetzil, Tzolzil, Tojilabal.

—Ahora descubrí yo que los indígenas fuimos siempre oprimidos, me confesaba, consciente y militante, un refugiado.

La conciencia maya se reorganiza. "No luchamos por una cosa, luchamos por la libertad". "Dicen que porque estamos en las montañas somos animales. Aunque estemos en las montañas, Dios está con nosotros. Porque a nosotros sólo nos queda un camino: la revolución..."

El experimentado misionero ponderaba la ancestral sabiduría de esos Pueblos, su cosmología, el largo aguante histórico de resistencia, su insospechado arte de sobrevivir. "Todo es valle y montaña, también en el cuerpo humano..."; también en la historia humana. A los hombres y a las mujeres les chispeaban los ojos cuando, en las celebraciones, dentro de los campamentos, hablábamos de la identidad indígena, de la lengua materna. Las reivindicaciones de los refugiados guatemaltecos representan uno de los clamores más apremiantes y justos de la población indígena de Amerindia ¡Todavía dará una gran sorpresa al mundo esa indiecita Guatemala prohibida!

"Guatemala, el país de la eterna represión", rezaba el cartel en inglés.

- represión etnocida/genocida;
- militarización cruel, sofisticada, omnipotente y omnipresente;
- permanente violación de los Derechos Humanos;
- fraudulenta publicitaria hipocresía democrática.

Los refugiados lo saben en carne propia. Todos ellos son testigos de sangre. Padres, esposos, hijos, hermanos, fueron asesinados delante de sus ojos. "Sólo los que no vieron pueden creer esas promesas", replicaba, tenso de dolor, un joven marido que presencié la masacre de su esposa. "Yo que he visto con estos mis ojos..." En una misa, delante de los cerros de Guatemala, recortados sobre el cielo en continuidad de paisaje y de historia, pude hablar con el único sobreviviente de aquella masacre de San Francisco, donde el ejército sanguinario ametralló, dentro de la iglesia, a todos los hombres del lugar. Al sobreviviente lo cubrieron y lo salvaron los cadáveres de los compañeros. Cuando pudo incorporarse, pidió permiso a los muertos para irse a dar testimonio. "Dios me ha salvado la vida —se decía él— para que el mundo sepa".

Los refugiados desconfían de todas las promesas y de todas las visitas oficiales. Doña

Raquel, la esposa del presidente Vinicio Cerezo, el viceministro de Desarrollo, el gobernador de Huehuetenango, los 11 alcaldes —verdaderos o falsos—, la "reina indígena" —burdamente utilizada—, que últimamente han visitado a los refugiados guatemaltecos en México, no los han convencidos a regresar.

"Todavía no", repiten ellos. Mientras siga la represión, mientras el ejército mande más que el gobierno, mientras existan las patrullas, los polos de desarrollo, las aldeas modelo.

"Estamos Acordados". "Nunca vamos a ser amigos del ejército de los ricos". "No hay cambio". "Hay desaparecidos". "Mueren los líderes". "Queremos ver que amadurezca la democracia verdadera, la paz verdadera..., Guatemala libre".

Ninguna de esas visitas oficiales respondió a las graves preguntas de los refugiados. Y ellos acompañan, con impresionante asiduidad, el proceso de su Pueblo, por la radio, a través de otras informaciones. Están al día. Y, en sus denuncias o reivindicaciones, presentan al gobierno y a la opinión pública mundial datos concretos, nombres, fechas.

Viven organizados, trabajan, dentro de lo posible. No faltan las flores delante de los ranchos o la huertecilla detrás; las letrinas familiares; la artesanía. No faltan las guitarras. Pero es precaria su situación y se crean conflictos entre ellos y los colonos mejicanos, por causa de la tierra, escasa y mala en algunas áreas, hasta por causa de la leña que escasea, o porque los refugiados aceptan trabajar a bajo sueldo.

Algunos han sido forzados a la reubicación. No siempre los organismos de asistencia los atienden debidamente. Y en algunos de los campamentos falta comida y falta agua. Entre los varios organismos —ACNUR, alto comisarado internacional, COMAP y Migración, mejicanos, y la política oficial guatemalteca, hay tensiones y posiciones ambiguas. La posición del presidente Vinicio —sus palabras, por lo menos— entra en flagrante contradicción con la declaración reciente del general Gramajo, ministro guatemalteco de la Defensa, que se opone al regreso de los refugiados por considerarlos meros guerrilleros... El gobierno mejicano tiene su programa de frontera y estimula la ocupación nacional de esas tierras —públicas muchas de las mismas— con buenos créditos, con escuelas, con nuevas

carreteras —de desarrollo y de defensa a la vez. (El ejército guatemalteco llegó a asaltar un campamento, en territorio mejicano, asesinando a varios refugiados).

En todo caso, ellos, los refugiados, están profundamente agradecidos a la hospitalidad fraterna del Pueblo mejicano que les da "una posada libre". "Aquí vivimos y tenemos tortilla y sal". Profundamente agradecidos, sobre todo, a la ejemplar solicitud de la diócesis de San Cristóbal de las Casas y a su pastor, Samuel Ruiz, con los treinta y tantos agentes de pastoral, íntegramente dedicados a los refugiados en exilio. La sombra profética y acogedora de fray Bartolomé se prolonga, actualiza, en ese buen pastor, Samuel, y en su Iglesia, entrañablemente solidaria.

La Iglesia de Guatemala vive desafíos dramáticos. Necesita reconstruirse internamente, después de tantos golpes mortales. Y el apoliticismo y hasta el miedo pueden ser, en esta hora, una fuerte tentación. El futuro se llena de interrogantes. Esta panorámica me dibujaba un testigo de muchos años del proceso de Guatemala —tanto en lo político como en lo

para seguir viviendo en comunidad, itinerantes). El Pueblo busca la tierra, "su" tierra. La Iglesia busca también un suelo firme, entendido yo. ("Los obispos —me decía ese testigo— no optan por la guerrilla, saben que el gobierno de Vinicio no es la solución y reconocen que el ejército es enemigo del Pueblo"). A partir de 1972 hay en Guatemala un nuevo proyecto revolucionario popular, un ancho movimiento popular organizado, además de la guerrilla. Y es comprensible que la Jerarquía no sepa cómo asumir toda esa movimentación inesperada... Por otra parte, hay vinculaciones personales entre elementos de la Iglesia y la Democracia Cristiana. Esa Democracia "Cristiana" que no tiene respaldo, en Guatemala, hoy, ni en el ejército, ni en el Pueblo, ni en el propio partido, insignificante. En 1985 la D.C. llegó a pedir a la Jerarquía 3000 nombres de catequistas —que serían políticamente "educados"—, a lo que, afortunadamente, la Jerarquía se negó.

¡No sólo a los "carismáticos" se les hace difícil integrar la fe con la vida, en la real historia de esa crucial Guatemala!



eclesiástico como en lo militar—.

Con el más respetuoso silencio quiero producir aquí confianza que un monseñor guatemalteco le hacía —unas pocas semanas atrás— a un representante de un organismo internacional:

—Nosotros perdimos la oportunidad hace diez años. Los que vivimos es porque no estamos comprometidos. Los comprometidos ya murieron...

—"No se puede ser cristiano sin ser asesinado", me confiaba un perseguido.

Pueblo e Iglesia de Guatemala viven en estado de éxodo. (En la época de la represión más escandalosa hubo comunidades enteras —de hasta 8000 personas— que se desplazaron, con sus instrumentos musicales de culto,

En Poza Rica, frente el pico de Huirtán, la comunidad presenta un sociodrama —una "seña" durante la liturgia de la Palabra. La casa encendida por el ejército agresor, la huída masiva hacia la montaña, el exilio en México. Isaías (10, 1-4) amenaza, en nombre de Yahvé: ¡Ay de los que dictan leyes inicuas y despojan a los pobres de mi Pueblo!". Y Jesús advierte (En Lucas 21,5-24): "Vendrán (falsamente) en mi nombre... No les creáis. Ha llegado la hora de dar testimonio".

Los refugiados comentan: "Dios derribará el plan de ellos". "Habrá una hermandad que sea donde el Reino de Dios se pueda ver". Cantan el conmovedor Salmo del Refugiado. Y después de la misa toca la marimba, con cuyas notas "baila el corazón".

Al llegar a los campamentos visitamos las familias, informalmente. Nos informamos. Siento yo el clima indefinible de un Pueblo en el exilio. Celebramos, por la tarde, la Eucaristía, numerosa, llena de ansiedades y de esperanzas, y nos reunimos, después, con los representantes de la comunidad: catequistas o delegados colectivos. Castizos nombres castellanos, morrales típicos, ceremoniosas introducciones. Los delegados de la Palabra —verdaderos grabadores vivos, por la herencia de una cultura oral— traducen fidelísimamente la homilía a las respectivas lenguas indígenas.

Al final de la misa, con bendición del Dios de la Vida y la Libertad y la Paz, repito tres consejos: Oración, Organización, Esperanza. Y exhorto a aquella sufrida Guatemala en exilio a hacer, también ellos, desde fuera, la NUEVA GUATELAMA.

El miércoles de ceniza, en San Caralampio, Don Samuel, dos catequistas y yo marcamos, con ceniza empapada en óleo, aquellas cabezas, tan humilladas y tan dignas.

—Debajo de las cenizas, comento, subrayando las lecturas del día, arden tres brasas de luz, hermanos: Dios tiene misericordia de su Pueblo de Guatemala. Este es un tiempo salubre aunque sea de exilio. Y el Dios de Jesús, que ve nuestro corazón, sabe lo que anhelamos...

Dos periodistas alemanes que nos acompañaban se muestran profundamente golpeados. Al despedirnos de la comunidad, un anciano de cabeza blanca pondera la certeza que le sustenta a él y a todo su Pueblo: "Nosotros fallamos a veces; ¡Dios no falla nunca!"

En los Ranchos la palabra del día es una agradecida promesa del propio Jesús: "Yo era refugiado y tú me visitaste".

J.J., delegado de la Palabra, acosado por el ejército que lo perseguía a muerte y lo había cercado ya en su casa y en la iglesia, decía a su comunidad —todavía en Guatemala— cuando ya no podía asistir a las celebraciones: —"Yo no soy la religión de Vdes. Dios es su religión".

¡SANTA CENTROAMERICA! me repetía yo, oyendo los testimonios de esos catequistas y delegados de la Palabra, testigos de testigos; viendo y oyendo toda esa galería de mártires, gloriosos ya o todavía caminantes; palpando tanta fe y tanta fortaleza... De ellos "el mundo" del Imperio y del Capital no es digno, ciertamente ¡Que sea digna de ella la Iglesia de Jesús!

De regreso, en la ciudad de México, me esperan dos sorpresas. Julia Esquivel, la ecuménica poetisa exiliada de Guatemala, incapaz ya de soportar por más tiempo la ausencia de esta su Centroamérica decisiva. Y el patriarca de la solidaridad, monseñor Sergio Méndez Arceo, que viene de Cuernavaca, noche adentro, conduciendo y solito, con su calva luminosa y su inmensísimo corazón.

Grabó para las comunidades de la montaña mensajes y poemas y la canción "Por los caminos de América". Y me voy con Guatemala dentro de mí, ya para siempre. No me dejaron ir a verla: ella me salió al encuentro.